

# LOS PUEBLOS ANTIGUOS DEL PIRINEO ARAGONES

por Guillermo Fatás



CUADERNOS DE ZARAGOZA

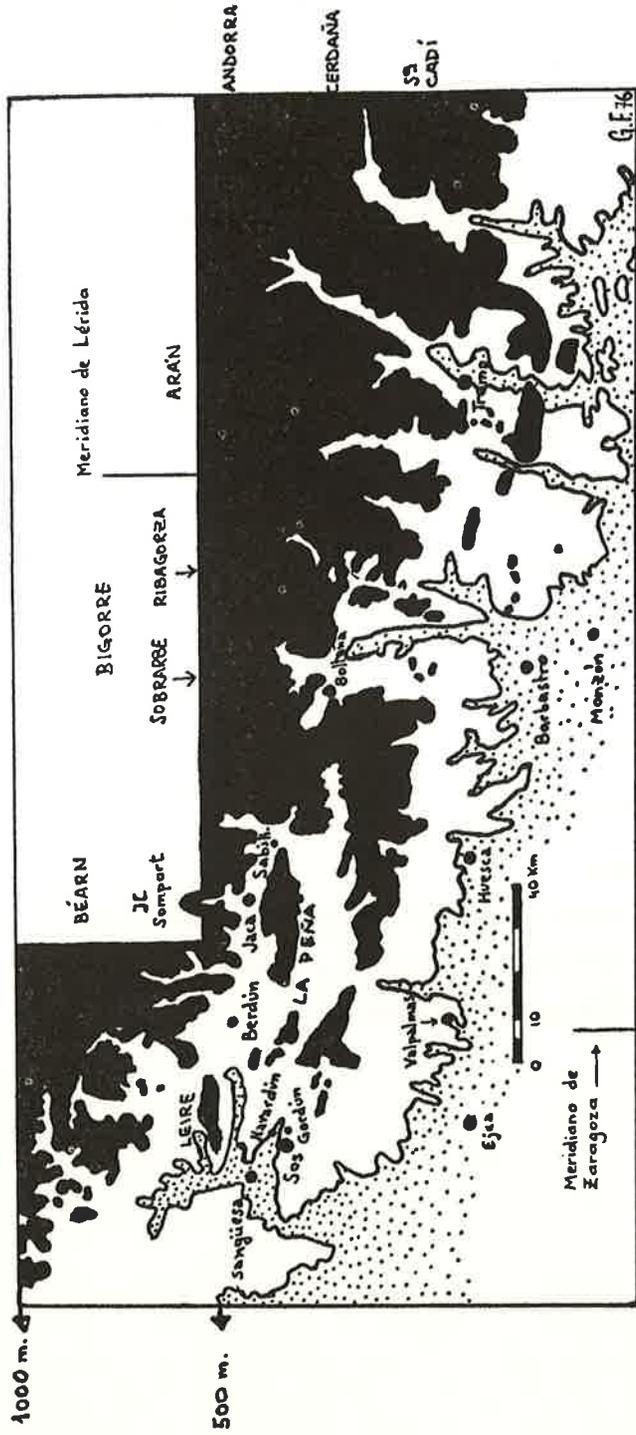
n.º 34

**LOS PUEBLOS ANTIGUOS  
DEL  
PIRINEO ARAGONES**

*por Guillermo Fatás*

## INDICE

- 5. *Justificación*
- 6. *Objetivo y métodos*
- 7. *Los iacetanos*
- 16. *Los suessetanos*
- 27. *Las fuentes numismáticas*
- 31. *La Edad Media*
- 36. *La Antroponimia*
- 37. *La Geografía*
- 40. *Apéndices*
  - I. - *Textos antiguos sobre iacetanos y suessetanos*
  - II. - *Antroponimia primitiva de la zona*
  - III. - *Bibliografía empleada*



Muy escaso debió de ser a juicio del autor, el territorio realmente útil de que dispusieron los pueblos indígenas prerromanos del Pirineo Central. En este esquema altimétrico se ha punteado la zona entre el nivel del mar y los 500 m. y se ha oscurecido la cota de los 1.000 y superiores. Entre ambas se encontró seguramente la mayor parte de los recursos de estas gentes y el territorio habitable de hecho durante todo el año.

## 1. — Justificación

Desde hace no muchos años, y cada dos, el catalán Institut d'Estudis Ceretans viene organizando unos *Coloquios Internacionales de Puigcerdá* dedicados exclusivamente al estudio del Pirineo, en sus dos vertientes, durante la Prehistoria y la Antigüedad. Allí se dan cita los especialistas de Francia y de España en temas lingüísticos, arqueológicos e históricos, con objeto de poner en común sus conocimientos e investigaciones. En catalán, en castellano, en francés, se suceden las ponencias y comunicaciones, los coloquios y las discusiones sobre el antiguo y apasionante mundo pirenaico.

En tales *Coloquios* no ha faltado nunca la participación aragonesa, y bien nutrida, por cierto. Cuando se celebraron las sesiones correspondientes a 1976, uno de los aragoneses invitados a asistir fue el que esto escribe, que acudió a la hospitalaria Puigcerdá, sede de las reuniones, en compañía de otros colegas de la Universidad de Zaragoza, igualmente invitados. Me correspondió presentar el estado de la cuestión en torno a lo que las fuentes clásicas dicen sobre los habitantes del Pirineo Central o aragonés en la Antigüedad, desde que dichos habitantes son mencionados por primera vez en un texto escrito hasta que la llegada de los musulmanes en el 714 dio un notable giro a la historia de aquellas comarcas.

El Coloquio de 1976 fue realizado en homenaje a uno de los grandes historiadores y arqueólogos españoles de todos los tiempos: el profesor Bosch Gimpera, que poco después fallecía en su exilio mejicano, sin haber interrumpido ni un solo día la solicitud de su estudio y su amor por Cataluña y por España. De entre todos los asistentes a la reunión científica, tras los catalanes de este lado de la cordillera, éramos los aragoneses los más obligados, sentimental y científicamente, hacia la patriarcal y venerable figura de don Pedro; obligación que tendríamos (si no la sintiéramos como un movimiento espontáneo) aunque nada más fuera porque, allá por los años 20, Bosch dedicó algunos de sus trabajos a la prehistoria de nuestra patria chica, que aún no había sido en Aragón objeto de estudio alguno moderno y verdaderamente científico.

Sus incesantes recorridos por el Bajo Aragón y su conocimiento minucioso de los espléndidos yacimientos que allí se hallan le llevaron a ser el primero que sistematizase las secuencias históricas de esas tierras nuestras que, gracias a él, fueron internacionalmente conocidas a causa de la que entonces bautizó como "Cultura Ibérica del Bajo Aragón". En lo esencial, debe decirse, además, que la clasificación que por primera vez emprendió de los yacimientos de la I Edad del Hierro en la comarca, sigue teniéndose en pie.

Los aragoneses tenemos, quizá, nuestra particular manera de mostrar el agradecimiento. Puede que no sea ruidosa, y que no se vea mucho. Es cosa de un pudor tradicional, a mi juicio, más que de sequedad expresiva (porque, desde luego, no del corazón). Este pequeño trabajo forma parte de ese agradecimiento. Lo publicarán (en otra redacción y presentación, pero con contenido semejante) los organizadores cerretanos de los *Coloquios* en unas "Actas" tituladas *Els Pobles pre-romans del Pirineu*. Pero el homenaje mejor a un maestro consiste en procurar la mayor difusión a sus enseñanzas y a su ejemplo. De ahí el cambio en la redacción (para no entorpecer la comprensión con tecnicismos) y la continuada mención de los trabajos de Bosch, que destacó también, como se verá, en el estudio de los problemas pirenaicos y con sorprendente lucidez.

## 2. — Objetivos y métodos

Anticipemos que resulta evidente el hecho de que los autores clásicos que dirigieron mayor atención hacia Iberia (como la llamaron los griegos) o Hispania (designación que, iniciada por los cartagineses y fenicios, pasó al latín designando, como la anterior, a la Península), apenas se ocuparon del poblamiento del Pirineo Central, dejando en una oscuridad especialmente densa a su vertiente meridional.

Por ello apenas podemos hoy hablar sino de dos pueblos antiguos, aun a sabiendas de que muy probablemente ne fueron los únicos que la habitaron: los *Suessetani*

o *suessetanos* y los *Iacetani* o *iacetanos*. Estos ocuparon diversos territorios, que no coinciden con las actuales divisiones administrativas originadas de 1833, aunque sí con comarcas naturales, a veces de visible unidad.

Ambos pueblos, en momentos distintos de su historia, fueron seguramente sustituidos por los *Vaskunes* o *Vascones* (los cuales no han de confundirse con los vascos actuales; son los pobladores, fundamentalmente, de la Navarra histórica). Esa sustitución por relegamiento ocurrió, a nuestro juicio, en torno a la mitad del siglo II a. de J.C. Los *suessetanos*, al igual que los *vascones* y, en parte, los *ilergetes* (pobladores de las comarcas de Huesca y Lérida), son un pueblo a la vez pre-pirenaico y pirenaico; y a pesar de que la mayor parte de su tierra parece que fue de llanura, su vecindad con los *vascones*, los *iacetanos* y los *ilergetes* y su límite septentrional (que pudo coincidir con la Canal de Berdún) obligan a tenerlos muy presentes a la hora de hablar del Pirineo anterrromano.

Ya anunciamos que sólo es nuestro propósito exponer en qué estado se halla actualmente el problema. Para ello, hemos recurrido a las antiguas fuentes escritas y a las principales opiniones contemporáneas, entre las que destacan, sobre todo, las de Bosch Gimpera, el monegrino Pío Beltrán, el turolense Martín Almagro, José María Blázquez y el P. Germán de Pamplona.

Hemos hecho un lugar para esa fuente tan sabrosa de conocimientos históricos que es la Numismática, y otros para la Onomástica y la Epigrafía. De todas estas disciplinas se puede obtener provecho ahora. Y, aunque no nos son tan familiares por razones de oficio, también hemos interrogado a las fuentes de la Alta Edad Media. De intento nos hemos limitado, pues, a los documentos que informan a través del lenguaje. Queden para otro día los datos de la cultura material (bien escasos, por cierto).

## 3. — Los *iacetanos*

Ha sido muy frecuente encontrar, ya desde tiempos

antiguos, confusiones en los manuscritos que han provocado problemas a la hora de distinguir entre los *Iacetani* (cuya ciudad principal fue *Iacca*, luego Jaca) y los *Lacetani* o lacetanos, pobladores antiguos de tierras ahora catalanas. No puede asegurarse con toda certeza; pero es verosímil que el error no fuera sólo cometido por los copistas medievales que, en los monasterios y obispados, transcribían los textos griegos y latinos (muchas veces sin entenderlos bien), sino que la confusión existiese ya en tiempos de los escritores griegos y latinos. Porque tanto los iacetanos cuanto los lacetanos no fueron pueblos especialmente famosos ni que tuvieran historia tan sonada como los edetanos de Sagunto o los celtíberos de Numancia. Los iacetanos, además, por hallarse más recónditos y desaparecer del mapa político relativamente pronto, corrieron pronto el peligro de ser subsumidos en los lacetanos, facilitando las cosas el gran parecido de los nombres y de las letras iniciales de los mismos.

De todos modos, y a pesar de las confusiones, podemos pensar con certeza razonable, que el cónsul Marco Porcio Catón (el famoso Catón, el Censor), primer magistrado de su rango que la República Romana enviaba a una provincia, ayudado por los suesetanos atacó la capital de los iacetanos, tomándola mediante una ingeniosa astucia, en el año 195 a. de J.C. No es que haya terminado la discusión sobre el punto; pero tanto mi opinión personal como la de autoridades de primera línea, de aquí y de fuera (Göttfried, Hübner, Bosch Gimpera), en el siglo pasado y en el presente, prefirieron ver en esta campaña una acción contra los iacetanos que no contra los lacetanos, pues éstos no encajan demasiado bien en el resto del relato de Tito Livio. Un testimonio tardío (el del autor Frontino, que escribió una obra sobre añagazas militares) no puede, a mi entender, aducirse como argumento serio para este pormenor, dado lo lejano de la fecha y la especificidad del texto, atento a las estrategias tácticas y no a la veracidad de otros detalles.

Bosch ya señalaba, en 1923, que los iacetanos tenían en Estrabón (geógrafo griego que describió largamente Iberia en el siglo I a. de C.) una personalidad bastante

bien definida; y pensaba el sabio catalán que era evidente su parentesco, incluso nominal, con los aquitanos del otro lado del Pirineo. (En efecto: estos nombres, escritos en griego, suenan *Iakketanoi* y *Akkitanoi*, respectivamente). Bosch explicaba que Ptolomeo (escritor del Alto Imperio, posterior a Estrabón e igualmente de lengua griega) designaba a la ciudad de *Iakka* como ciudad de los vascones porque, a su juicio, entre los tiempos de las fuentes de Estrabón y los de Ptolomeo, había existido una operación política romana, favorable a los vascones (que nunca guerrearon con la República) y contraria a los enemistados iacetanos. Esta hipótesis, con mayores precisiones, es hoy de general aceptación. De ahí, Bosch postulaba que los iacetanos no habían hecho sino, en época más o menos remota, ocupar la tierra a que luego dieron nombre, expulsando previamente de la misma a sus primitivos habitantes, que serían precisamente los vascones. Esta ocupación por la fuerza era antigua, pero —según Bosch— no tanto como para que se hubiera perdido su recuerdo colectivo en tiempos de la conquista romana. Por ello, ante el pacifismo vascón y la enemistad iacetana, los vencedores romanos habrían vuelto las cosas a su estado inicial, confiando el control de las tierras iacetanas a los amigos vascones.

Esta conclusión se compadece bien con el hecho de que, en las fuentes antiguas, se señala correctamente a los iacetanos y en las posteriores (de época imperial) surge la confusión con los lacetanos: las gentes de *Iacca*, perdida su importancia política, se habían desdibujado ante los historiadores y geógrafos. No puede aclararse perfectamente un punto: ¿fue la operación que Roma favoreciera una restitución de territorios o, más sencillamente, facilitó un expansionismo puro y simple a favor de unos y en contra de otros, por razones militares? Algunos piensan que la difusión de características lingüísticas vascas por el Pirineo, abona la primera hipótesis. Pero no puede tenerse como prueba segura porque, en primer lugar, el territorio altoaragonés dependió durante largo tiempo del Reino de Pamplona, por lo que la "exportación" lingüística pudo ser muy posterior; y porque, en segundo, la extensión de lo que hoy nos parecen elementos vasquizados pudo, por el contrario, ser mucho más antigua, quizás de

la Edad del Bronce. De manera que el aspecto vasco de muchos topónimos de la comarca jacetana y del Pirineo puede obedecer a la existencia prehistórica de una lengua o tronco lingüístico común, o de una especie de *koiné*, cuyas raíces serían antiquísimas, y que fue cediendo paso, con el tiempo, a las lenguas indoeuropeas que entraron en la Península en la Edad del Hierro, sobre todo a partir del año 1000 a. de J.C., más o menos. Estas lenguas (entre las que se cuentan el celta, el celtíbero y el mismo latín), más evolucionadas y cultas, acabaron predominando en casi todos los lugares abiertos y comunicados. Los territorios que sobrevivieron lingüísticamente a estas modificaciones (los poblados, entre otros, por autrigones, caristios, várdulos y en parte por vascones) fueron llamados, mucho después, "vascos". Y de ahí que la lengua que en ellos se hablaba recibiera el mismo nombre.

Por eso he escrito más arriba que es un error (y muy frecuente) confundir lo vascón con lo vasco o vascongado (que es noción muy posterior). Y tampoco podemos olvidar que el vasco actual (maravillosa reliquia cultural de un pasado remotísimo) presenta analogías aparentemente inexplicables con textos antiguos aparecidos en diversas partes de la Península, incluyendo el territorio valenciano (por poner un caso "no vasquizable"), y hasta de fuera de ella. Estas concomitancias (a veces sorprendentes por su identidad con el vasco de hoy) no pueden explicarse por "expansiones vascas" y ni siquiera de vascones. Porque no fueron, sin duda alguna, los vascones ni los antiguos pobladores de las actuales Vascongadas los únicos capaces de "vasquizar" lingüísticamente los nombres de lugar, de objeto o de persona.

Otro de los razonamientos esgrimidos por Bosch a título de suposición, en 1923 también, ha sido retomado hace poco por el P. Germán de Pamplona, aunque sin indicar que Bosch fue el primero en formularlo. Decía el antiguo Rector de Barcelona que acaso pudiera explicarse esta cuestión por los sucesos de la Guerra Cantábrica, la última de las sostenidas por Roma en Hispania, en tiempos de Augusto, entre el 29 y el 19 a. de J.C. Durante la guerra, los pueblos cántabros y los astures del Norte

de la Cordillera Cantábrica pidieron ayuda a los aquitanos, parientes próximos de los iacetanos según se ha dicho. Una vez victoriosas las legiones, los cántabros, sus aliados y amigos serían puestos por Roma bajo el control directo de un pueblo afecto, el más próximo posible, que no sería otro que el vascón. En efecto, César, en su *Bellum civile* y al narrar las acciones militares que le enfrentaron a los pompeyanos, dice que los aquitanos, que se resistieron a las tropas cesarianas, pidieron ayuda a los hispanos y mandaron recado a las ciudades fronterizas (*finitimae*), de donde por fin la recibieron. Llegados los refuerzos, designaron jefes de operaciones a quienes mejor conocían las tácticas militares de los romanos, por haberlas aprendido guerreando veintitantos años antes en las filas de Sertorio. Y el geógrafo Estrabón (más o menos contemporáneo y que maneja fuentes del siglo I a. de J.C.) insiste precisamente en el extremo de que las guerras sertorianas, en los años 70 a. de J.C., tuvieron como escenario el territorio iacetano, que llegaba "hasta los territorios de Osca e Ilerda", por las que anduvo Sertorio.

Bosch encontraba, además, que la geografía del Pirineo facilitaba la existencia de una unidad cultural e incluso política de la Alta Navarra y el Alto Aragón, entre el Pirineo y las Sierras de La Peña y Guara, que habría sido anteriormente tierra de vascones.

Diez años más tarde, añadía que era su pensamiento el de que los iacetanos tenían un neto carácter "ibérico", y que a su juicio eran ellos quienes habían sido objeto del ataque catoniano del 195 (en la primera ocasión en que una expedición romana puso el pie en el actual Pirineo aragonés) y no los lacetanos. Incluso, con su agudeza característica, reparó en que el texto latino de Tito Livio dice que el cónsul tomó *oppidum eorum*, su ciudad o fortaleza, manera de hablar que se correspondería mejor con los iacetanos (de quienes sólo se conoce una ciudad) que no con los lacetanos, a quienes los textos antiguos asignan varias.

Casi en las mismas fechas (1932) escribía lo siguiente (que traduzco del catalán):

“Acaso el problema más difícil de todos los de la etnología del Norte de España es el de los iacetanos, si es que realmente son ibéricos e idénticos a los aquitanos. En tal caso, únicamente pueden ser un grupo avanzado de éstos, que se asentó en el Pirineo aragonés cruzando los pasos de Canfranc, y entrando en una bolsa sin salida en los valles de Jaca entre el Pirineo y la Sierra de la Peña, probablemente las salidas naturales a Occidente a través de la Canal de Berdún les fueron cerradas por los vascones (Pamplona) y por el Este las bajadas del Cinca les fueron obstaculizadas por los ilergetes de la llanura de Huesca. La hipótesis contraria, de que fuesen iberos del Ebro que hubieran ido a parar a los valles pirenaicos, es menos probable, ya que el territorio de Jaca es prácticamente inexpugnable ante un intento de invasión en dirección de Sur a Norte”.

Este último criterio, evidentemente desmentido en buena parte por la campaña de Catón, sería poco después abandonado por Bosch, como señalaremos enseguida. (Por cierto que, en esa misma obra, advertía el error por el que figura en Ptolomeo *Iakketanoi* en lugar de *Lakketanoi*, pero optaba por leer definitivamente *Iakketanoi* en la “Geografía” de Estrabón).

Martín Almagro, en 1943, repasaba la cuestión, aceptando igualmente que el texto de Livio sobre Catón y sus andanzas pirenaicas del 195 a. de J.C. hacía referencia a los iacetanos, y no a los lacetanos. Entonces afirmaba Almagro que los suessetanos habían sido “fieles aliados de Sertorio” tiempo después, lo que no estamos seguros se pueda mantener (luego diremos por qué). Añadía que los aquitanos del otro lado de las montañas habían sido ayudados por los vascones y seguramente por los iacetanos, entonces sometidos a ellos y lindantes con los ilergetes de Huesca y de Lérida. La cuestión, en lo que nos concierne, se resumía diciendo que, para todo el Pirineo aragonés, no se conocían propiamente otros pobladores que los iacetanos, que se extenderían desde Jaca por el Oeste del Gállego hasta encontrarse con los suessetanos.

Estos, por su lado, poseían un nombre que invitaba a emparentarlos con los *Suessiones*, pueblo de stirpe galobelga y, naturalmente, ultrapirenaico.

Sugirió Almagro como frontera la que forma el río Aragón, quedando Berdún (una antigua *Virodunum*) para los iacetanos y Navardún (*Navardunum*, nombre indoeuropeo como el anterior) para los suessetanos. Acababa el profesor aragonés afirmando que ambos pueblos eran muy afines, sin más especificaciones. Suponemos que atribuyó a ambos stirpe indoeuropea, acaso basado en los topónimos que he mencionado, lo cual no sería en ningún caso prueba suficiente, porque no sabemos cuándo ni por quiénes fueron bautizadas dichas localidades.

En 1949, en un estudio sobre los iberos que se hizo muy famoso, Pedro Bosch volvía sobre el Pirineo aragonés para aseverar, en contra de anteriores opiniones suyas, que encontraba muy probable que los iacetanos fueran “una infiltración de elementos ibéricos considerables en el Alto Aragón. Creímos —seguida— durante algún tiempo que se trataría de algún grupo aquitano entrado por los pasos de Canfranc al replegarse los aquitanos en el Sur de Francia, cediendo a la presión de las invasiones de los volcos en el Languedoc. Posiblemente puede —dados los contactos muy antiguos, ya en el eneolítico, de almerienses y pirenaicos— creerse, que desde el valle del Ebro, llegaron a la región de Jaca; y a los mismos aquitanos una extensión, al otro lado de los Pirineos, de los iacetanos”.

La cuestión no ha obtenido hoy respuesta definitiva, sobre todo por la dolorosa ausencia de excavaciones en la provincia de Huesca, que producen un vacío escandaloso únicamente aliviado levemente por algunos trabajos de los últimos tres o cuatro años, activos pero absolutamente insuficientes. Los datos lingüísticos son tan malos, que a pesar de los esfuerzos de estudiosos como Michelena o Caro Baroja, apenas han arrojado más luz sobre el asunto que la de mínimas chispas.

Verdaderamente, poder explicarse con corrección el Pirineo de la Antigüedad y de la Prehistoria es un asunto

clave para la inteligencia de lo que ocurría en la Península, comunicada con el Continente sólo por la cordillera. De modo que no resulta rara la obsesión de Bosch (que no cejó nunca de inquirir sobre el asunto) por tornar y retornar sobre el tema. Así, en 1953, en una obra publicada en Francia afirmaba:

“Al oeste de Jaca se halla el topónimo céltico Berdún (*Virodunum*) y en esta región, más tarde, en la época inmediatamente precedente a la conquista romana, viven los iacetanos indígenas. Habrían sufrido las infiltraciones célticas y, a su Oeste, en Navarra, se extendía el territorio de los belgas *Suessiones*, superpuestos a los indígenas *Navarri*, del grupo vasco”. (Advierto aquí que estos *Navarri* sólo se deducirían de la existencia del topónimo Navardún, que viene a ser como “fortaleza de los navarros”, y de la notable persistencia secular del nombre de Navarra, que se recupera no sabemos bien cómo durante la Edad Media pero que, como evidentemente se aprecia en Navardún, es muchísimo más antiguo).

Y continuaba Bosch:

“Podríamos preguntarnos en qué momento y partiendo de dónde se habrían infiltrado los celtas en territorio iacetano: los *Eburones* —pertenecientes a las capas de celtas pre-belgas— se extendieron hacia el interior de España, habiéndose producido quizá su infiltración antes de la llegada de los belgas y como una bifurcación del movimiento que avanzó hacia el Suroeste, vía Pamplona-Sangüesa-Berdún-Jaca, inmediatamente después del paso del puerto de Roncesvalles o en el momento de la ocupación de la Alta Navarra por los *Suessiones* belgas, empujados por éstos hacia el Este”.

A excepción de la cita de Livio (toma de *Iacca* por Catón) y de los datos que proporciona Estrabón sobre la vinculación de la Jacetania a las guerras sertorianas, el resto de nuestra información no tiene otro interés que el locativo, si exceptuamos, quizás, el detalle de que Plinio el Viejo (muerto en el 79 d. de J.C.), al enumerar las

poblaciones que dependían judicialmente de la Colonia Caesar Augusta, dice que los *Iacetani* eran *stipendiarii*, al igual que todos los demás pueblos pirenaicos que cita en este pasaje de su “Historia Natural”, entre los que se cuentan los *Calagurritani Fibularienses*, habitualmente situados en Loarre (sin que haya razones definitivas para tal cosa, estarán mejor por Bolea).

Decíase de una ciudad que era estipendiaria de Roma cuando ésta, normalmente tras una victoria militar, le había impuesto el pago de un *stipendium*, en principio con carácter de indemnización de guerra. En general, una *civitas stipendiaria* se oponía a las *civitates* más favorecidas: *foederatae*, *liberae*, *immunes*. Y el *stipendium* exigido a una comunidad delataba por lo general una enemistad inicial. Era un nivel jurídico muy bajo, desde el punto de vista romano y, correlativamente, coincidía a menudo con localidades escasamente latinizadas o romanizadas y que, técnicamente, conservaban su identidad política, puesto que no formaban parte de la *civitas Romana*, sino que se hallaban limitadas por ella.

Piénsese, por otro lado, que este dato lo conocemos a través de un hombre excelentemente informado como era Plinio, y en fechas relativamente tardías, por ser de mediados del siglo I d. de J.C. Ello significa que los de *Iacca* vivían marginalmente o bajo la desconfianza de Roma, porque no lejos de allí, otras poblaciones indígenas de estirpe vascona (las de los *Tarracenses* y los *Cascantenses*, por ejemplo) eran *civitates foederatae* o, incluso, poseían el Derecho Latino Antiguo, estadio inmediatamente anterior al acceso al Derecho Romano pleno.

El enciclopédico Cayo Plinio Secundo, en su *Historia Natural* (III, 3, 2) procede a la descripción general del Pirineo. Hace cosa de diez años, en una reunión especializada, el P. Germán de Pamplona se basaba en ese texto para dar por desaparecidos a los iacetanos en la época del Alto Imperio, ya que Plinio no los mencionaría en él. Pero el párrafo presenta el inconveniente de no estar claro y de haber tenido siempre dudas sus sucesivos editores científicos en escribir *Iacetani* o *Lacetani*. Entre

estos editores los más antiguos (como Hermolao Bárbaro) y algunos de los mejores entre los modernos (como Ian y Mayhoff) prefieren la primera, con *i*. Eso ya bastaría para dudar. Pero es que en otro pasaje de la misma obra (III, 3, 24) el sabio latino sí que menciona a los iacetanos (si bien es cierto que puede razonablemente aplicarse a la letra inicial la misma duda que cuando aparece *l* en lugar de *i*).

En resumen, que es muy poco, por no decir nada, lo que puede sacarse de estos textos.

Una mención mucho más tardía de la ciudad de *Iacca* aparece en el llamado *Anónimo de Ravena*, texto que recoge diversos itinerarios y vías del Bajo Imperio. La ciudad se menciona en una forma corrupta, *Pacca*, pero no cabe la menor duda de que se refiere a la capital de la Jacetania, porque menciona otras anteriores y posteriores que son pirenaicas. El texto de este breviario de caminos dice así:

“Nobas, Cesaraugusta, Foro Gallorum, Pacca, Iulia, Ebelino, Salam, Anabere”.

De este texto deformado puede concluirse, por comparación con otros de más calidad, que se habla de una ruta de Tarragona a Zaragoza y al Pirineo, conocida por el excelente *Itinerarium Antoninianum*, en el que se menciona asimismo a *Forum Gallorum* y *Ebelinum*. De ellas se ha dicho que pueden corresponder, respectivamente, a Gurrea de Gállego y a Ayerbe pero, estén donde estén, ninguna duda cabe que, hallándose entre Zaragoza y Jaca, andarán cerca de la ribera del Gállego. Por lo que concierne a la ciudad de *Anabare*, quizá podamos identificarla con la que Ptolomeo, un tiempo antes, llamó *Anábis*, en griego, situándola entre los iacetanos.

#### 4. — Los suessetanos

Por lo que respecta a éstos, hasta 1933 no parecen

despertar mucha curiosidad entre los estudiosos. El P. Masdeu había trabajado antes (y con acierto en líneas generales) sobre su emplazamiento. Desde entonces se han defendido para este pueblo distintas soluciones que en su fantasía llegan a situarlo (para el siglo II a.C.) en la costa de Tarragona.

Una vez más, aunque hoy sea posible matizarlas, fue Bosch quien suministró las claves principales para acertar. Los suessetanos aparecen mencionados en las fuentes muy pocas veces y todas ellas en Tito Livio. Habla de ellos a propósito de las guerras entre romanos e hispanos capitaneados por Indibil y Mandonio, cuando la expedición del cónsul Catón contra Jaca en 195 a.C. y, finalmente, relatando cómo en el año 184 a.C. el gobernador romano Terencio Varrón tomó la capital suessetana (*Corbionem*, en acusativo; Corbio o Corbión, por lo tanto), necesitando para rendirla obras de asedio. A partir de este descalabro militar ya no vuelven a aparecer nunca en los textos de historiadores y eruditos romanos. Políticamente parecen extintos de modo definitivo.

En los últimos diez años se ha querido demostrar que, de alguna manera, los suessetanos estaban vivos. La razón principal que se aduce es que Plinio, al describir las poblaciones y entidades que dependían de Cesaraugusta en el siglo I, menciona a los *Oscenses regionis Suessetaniae*. Pero ese es el texto que aparece en las ediciones modernas. En los manuscritos antiguos que nos han transmitido la obra de Plinio, lo que puede leerse es *Oscenses regionis Uessetaniae* o *Uescetaniae*. Es decir: oscenses no de la comarca de Suessetania, sino de Uessetania o Uescetania. El asunto, para mí, está bastante claro. Los editores científicos (alemanes y británicos, principalmente) no conocen personalmente estas tierras nuestras. Al encontrar en los manuscritos la rara palabra Uescetania o Uessetania recuerdan que en Tito Livio, y para una comarca que puede ser ésta, se habla de suessetanos; y concluyen que hay un error en los copistas medievales, que se comieron la *S* inicial y escribieron Uescetania donde deberían haber puesto Suessetania.

A ello puede oponerse que, en primer lugar, Uescetania o Uesketania (que es como lo pronunciaría un romano altoimperial) es, justamente, el nombre verosímil para la comarca de Huesca; y que, en segundo término, es perfectamente conocido que los *Oscenses* pertenecieron desde que se conoció en los textos su existencia, al pueblo ilergete, y no al suessetano. Pudo, en efecto, haber sido Osca suessetana un tiempo, porque los ilergetes se desplazaron notablemente en dirección Oeste hacia fines del siglo III a. de C. Pero la *Osca* histórica que conocieron los romanos fue, sin lugar a duda alguna, ilergete.

Otro testimonio puede tenerse en cuenta para no rechazar de plano la posibilidad de que estos suessetanos de Cinco Villas no hubieran desaparecido del todo. Se trata de una inscripción en piedra, que fue hallada en Roma el siglo pasado, y publicada en el *Corpus Inscriptionum Latinarum*. En ella, dos grupos hispanos rinden homenaje a su *patronus* (el encargado de defender sus intereses en la capital imperial), Lucio Livio Ocella. Este personaje, muy probablemente, fue padre de Livia Ocellina, ascendiente directa del futuro emperador Galba. Como magistrado, ejerció de cuestor (esto es, de encargado de la administración financiera) en la provincia Bética. Esta provincia, muy romanizada, a partir de los tiempos de Augusto se encomendó para su gobierno al Senado, ya que no precisaba guarnición militar (al contrario que la Tarraconense, que sí poseía un dispositivo legionario y era, por ello, gobernada directamente por Augusto; no tenía, por lo tanto, cuestor, sino que la administración financiera y fiscal era llevada por personas designadas por el Príncipe, y no por magistrados).

Las dos comunidades hispanas que le dedicaron la inscripción fueron las de los *Segobrigenses* y *Sussetanei*. Un eminente epigrafista húngaro-alemán, que conoce bien los problemas de Hispania, dice que Livio Ocella fue cuestor en la Bética (aunque nosotros no encontramos razones especiales para ello, ya que la cronología de la inscripción es anterior a Augusto y, por lo tanto, de un tiempo en que probablemente había cuestores en todas las provincias hispanas). En ese caso, tanto los segobrigenses como los

sussetanos (sic) que menciona la inscripción es más fácil que fueran béticos que no tarraconenses. Pero si ocurrió de otro modo, la lápida podría ser una prueba de que, a fines de la República, cerca del cambio de Era, existían en la Tarraconense unos *Sussetanei* que no es imposible fueran los mismos que los *Suessetani* de siglo y medio antes. Máxime si tenemos en cuenta que el lapidario romano que grabó la inscripción pudo haber, fácilmente, trastocado una letra de un nombre que no conocía bien. No es el primer caso en que estas cosas ocurrieron.

Por otro lado, lo mismo que en Hispania hubo diversas Segóbrigas (pues el radical *segh-*, "victoria", es abundante en la Península: Segorbe, Segovia, etc.), pudo haber diversas Suessas o Sussetas. Yo he encontrado un "Suesa" en un despoblado de Aragüés del Puerto; Ptolomeo menciona una Suession en las actuales Vascongadas; están, además, los *Suessetani*; y en la propia Italia hubo varias ciudades llamadas Suessa. De manera que, en resumen, ni estos *Sussetanei* son prueba definitiva de nada, ni lo es la errónea lectura que todo el mundo sigue empeñado en hacer del texto de Plinio en donde hay que ver *Uessetaniae*, y no *Suessetaniae*.

Cuando Bosch, en 1933, estudiaba las fronteras orientales de los vascones (que conviene no identificar con los actuales vascos, que son muy otra cosa) consideraba a los habitantes del Ebro hasta la altura de Salduie (Zaragoza) como *Edetani*, edetanos: los mismos que poblaban las comarcas valencianas. En ese estudio no consideraba, pues, el sabio catalán la existencia (hoy demostrada) de *Sedetani* en el Ebro medio y omitía también a los suessetanos en el hilo de su argumentación principal. Pero, en un momento dado, los introducía en su trabajo, viniendo a decir que se encontraban emplazados cerca de los jacetanos derrotados por Catón, y sin entrar en mayores honduras.

Acudiendo a la topografía local —excelente procedimiento que nos impediría a menudo hacer afirmaciones arriesgadas desde el despacho— proponía situar a los suessetanos precisamente al Norte del Ebro, en los puntos en que se esfuman las fronteras ilergetes y vasconas;

o sea, desde los Montes de Castejón (por el Sur) hasta los de la Peña (por el Norte); y desde el Oeste del Gállego (por Levante) hasta la región de Sangüesa, inclusive (por Poniente). Así coincidía con las antiguas hipótesis del P. Masdeu y explicaba, sin forzar el sentido de ningún texto antiguo, los episodios que narra Tito Livio referidos a esta zona desde los tiempos de Indibil y Mandonio hasta los de Catón, que fueron los que más enfrentamientos conocieron entre las legiones de Roma y los indígenas del Valle del Ebro.

Para explicar el acceso de este pueblo suesetano a las comarcas del Prepirineo, acudía a su carácter céltico, revelado por los famosos topónimos de Berdún (*Virodunum*) y Navardún (*Navarri/dunum*), al que debe añadirse el de Gordún, junto al segundo de ellos. Pensaba que habían podido entrar por Roncesvalles, pasando por la región de Pamplona hacia el Este mientras otros compañeros de migración entraban por la llanada alavesa y el Pancorbo al Valle del Ebro y a la Mesetas. Ya entonces pensó que la *Suessatium* o *Suessation* alavesa a que aludíamos antes pudo corresponder al paso de estas gentes por allí, o bien a una de sus esporádicas extensiones hacia Poniente, luego extinguida sin dejar otros rastros.

Puedo hacer, ahora, una pequeña adición a ello, pues leyendo ese rimerero inacabable de noticias que es el *Diccionario...* de don Pascual Madoz, he localizado un topónimo *Suesa*, perfectamente conocido en la segunda mitad del siglo XIX, y correspondiente a un despoblado en el término municipal de Aragiús del Puerto, en las cercanías de Echo y, por lo tanto, en uno de los mejores caminos naturales de acceso de la Galia a Hispania, si es que no es el mismo *Summus Portus* de los itinerarios romanos, lo que tendería a reforzar la existencia de una vía romana en el Puerto del Palo, estudiada por Beltrán y D'Ors.

Es verdad, como se ha dicho, que hay numerosas *Suesa* (destacando por más famosas las itálicas *Aurunca* y *Pometia* a que me he referido hace poco) y que algunos especialistas de nota prefieren considerarlas no tanto propiamente célticas cuanto respondiendo a un viejo sustrato

mediterráneo más o menos autóctono. Pero también es verdad que el nombre de los *Suessetani-Suessiones*, como el de Soissons, apoya la verosimilitud de una relación entre el pueblo y el nombre de la localidad. En esa línea, Navardún sería la forma moderna del antiguo nombre dado por los suesiones a un "oppidum" o fortaleza de los supuestos *Navarri*, pueblo acaso de estirpe vascona que tendría por allí su emplazamiento originario, y que luego resurgiría sin que conozcamos las razones en la Baja Latinidad y Alta Edad Media.

En 1942, en su trabajo *Two Celtic Waves in Spain* ("Dos oleadas célticas en España"), hablando de la invasión de pueblos belgas tras el 600 a. de J.C. (que habría ocasionado el desplazamiento de pueblos como los sefes, turones y olcades a sus emplazamientos posteriores), ya aparecía el tema más nítidamente; e incluso pensaba Bosch que la entrada de los suesiones podría haberse efectuado no únicamente a través de Roncesvalles, sino también por Elizondo, que poseía características topográficas acaso más cómodas para el tránsito en condiciones técnicas primitivas ("in more primitive conditions", escribe Bosch). Según esta interpretación, los invasores celtas habrían dominado a los vascones para que éstos, tras el colapso del poder céltico, recuperasen sus territorios originarios. Este fenómeno de recuperación habría afectado, sobre todo, a los *Vascones* de Navarra y a los *Varduli* (centrados, más o menos, en Guipúzcoa). Ello explicaría que los autores antiguos que escribieron sobre momentos posteriores a estos cambios se confundieran continuamente; y también se explicaría así la desaparición de estos *Suessiones-Suessetani* de los textos históricos tras las guerras romanas de mediados del siglo II a. de J.C.

La propagación de los suesiones se habría efectuado, pues, al Este, desde la comarca de Pamplona, siendo Berdún la frontera con los iacetanos y vigilando la salida occidental de la Canal de su nombre. Cabría, incluso, interpretar el nombre de Treviño (*Trifinium*, es decir: punto fronterizo entre tres jurisdicciones) como límite entre

*Suessiones, Berones* (celtas de La Rioja) y *Caristii* o *Autrigones* (que poblaban territorios de las actuales Vizcaya y Alava).

Un año después, era M. Almagro quien volvía sobre el tema, señalando cómo la entrada céltica no había afectado a los territorios entre los Pirineos de Navarra y el Araquil hasta el Cadagua (lo que era señalar, sin nombrarlo, al País Vasco). También Almagro situaba la frontera entre Berdún y Navardún, aunque parece que atribuyendo la primera localidad a los de *Iacca*. El emplazamiento de los suessetanos no le ofrecía dudas y venía a coincidir con el ya explicado, limitando por el Sur con los “pueblos afines célticos” de La Rioja.

En 1953, en una serie publicada en *Etudes Celtiques*, recordaba Bosch que Menéndez Pidal había identificado la presencia del pueblo de los *Eburones* en varios nombres de lugar hispanos; y citaba la observación de A. García y Bellido de que existía una Yebra en la provincia de Huesca (Yebra de Basa) —en plena Jacetania, pues se halla muy pocos kilómetros al Sureste de Sabiñánigo y cerca de Canfranc— que fácilmente podía tenerse como supervivencia de un topónimo eburón. Esto inducía a pensar si, además de los vascones, no habían sufrido también los iacetanos las infiltraciones célticas; los eburones, grupo de carácter pre-belga, podrían haber derivado, al menos parcialmente, por la ruta abierta de la Canal de Berdún hasta Jaca, bien en el momento mismo de su llegada, bien tras ser rechazados hacia el Este por los advenedizos y posteriores *suessiones*.

Nadie ha vuelto más tarde, que yo sepa, sobre esta hipótesis que, verdaderamente, no tiene otro apoyo que el del mencionado topónimo (y hay que reconocer que no es gran cosa). Nuestras búsquedas acerca de los antecedentes medievales del nombre de Yebra de Basa (por ver de hallar una forma más próxima a la tenida por primitiva: una especie de *Ebura*, o cosa así) han resultado nulas y nada hemos encontrado en ninguno de los documentos y repertorios toponímicos publicados hasta ahora, con estar sin embargo bien cubierta esta zona de investigación para la

región aragonesa gracias a diversos trabajos realizados o dirigidos por Lacarra y los hermanos Ubieta.

Únicamente la Arqueología —desesperantemente lenta, por razones no sólo de método sino también, desgraciadamente, de medios— podrá aclarar estas cosas, si algún día se aclaran. En nuestro caso, los materiales de aspecto post-hallstático que hemos hallado en la ribera zaragozana del Ebro, culturalmente emparentados con los pueblos indoeuropeos de la I Edad del Hierro, están más de acuerdo con los aparecidos en Cortes de Navarra (esto es: río arriba) que con los conocidos hasta ahora en el Bajo Aragón, lo que nos hace estar especialmente pendientes de hallazgos relativos a unos *suessetanos* cuya zona medular, a nuestro juicio, puede residir en torno a la parte Norte de las Cinco Villas de Aragón, zona que no ha sido nunca seriamente excavada ni prospectada para esa época prerromana.

En los llamados “Bañales” de Uncastillo, restaurado ya el complejo termal altoimperial en que Beltrán ha trabajado últimamente, hay localizado un yacimiento indígena (ignoro de qué características precisas) sobre el que ya investigara con mejor intención que resultado J. Galiay en los años 40. Baste decir que, de la lectura de las *Memorias* publicadas (que son dos), me ha resultado imposible deducir ni tan siquiera si en las excavaciones obtuvo o no cerámica campaniense, que es el “fósil director” para detectar los niveles arqueológicos de romanización en época republicana. Y aún hay menos (es decir: nada) referido a estratigrafía.

Un poco en relación con este apasionante y desconocido mundo de las migraciones de la I Edad del Hierro en nuestro Pirineo, está una pieza excepcional (ya en el Museo de Zaragoza) que recientemente he publicado en la revista *Pyrenae*, de la Universidad de Barcelona. Hallada en el término municipal de Luna, y cerca de Valpalmas, se trata de una estela funeraria de tipo céltico, que tiene forma antropoidea y representa a un guerrero mostrando su escudo con una escotadura en V y, seguramente, una cítara. La pieza está evidentemente emparentada con la

extraordinaria serie de estelas tan bien estudiadas por Almagro en el Suroeste peninsular. Lo raro de su localización (pues es la única de su clase que aparece fuera del mundo extremeño-portugués), no hace imposible que corresponda a la fase pre-belga de las invasiones. Y, por el lugar de aparición, se sitúa justamente en el límite de la línea isométrica de los 500 m, que es de gran interés para el estudio de todo este tema, como se dirá.

En 1957 vuelve Bosch sobre el asunto en el *Bulletin International de Documentation Linguistique* de Lovaina, mostrando sus dudas y escribiendo que, en lo concerniente a *Berdún-Virodunum*, no sabría a la postre decidir si era fundación suessiona o penetración más antigua en Navarra y Aragón de la cultura de los campos de urnas.

Podemos añadir ahora el topónimo Ballabriga, en el río Noguera Ribagorzana, que puede vincularse al mundo céltico influyente en Cataluña y que puede ser más antiguo que los nombres en *-dunum*, aunque los especialistas no parecen estar de acuerdo sobre el tema. Tampoco han sido bien estudiados los topónimos en *-acum* o *-ecum*, que no faltan en el Alto Aragón, y que, no por sí solos, pero sí junto al análisis futuro de yacimientos nunca excavados (pero en elevado número) pueden tener la clave de tantos problemas sin resolver.

Reparos al emplazamiento de los suessetanos en las Cinco Villas y, sobre todo, a su extensión a las Cinco Villas bajas en torno a Ejea de los Caballeros, se han puesto a menudo basándose algunos en que la identificación con Ejea de la ceca indígena *Segia* o de la *Setia* mencionada por Ptolomeo es problemática. Quienes tal dicen, recurren sólo a explicaciones filológicas (siempre atendibles y a menudo especialmente luminosas), pero olvidan todas las demás, que son muchas y de mucha fuerza. Hay, incluso, quien ha escrito que los jinetes segienses que cita el famoso Bronce de Ascoli (conservado en Roma) son "de una supuesta Segia, por lo demás desconocida", demostrando así su escaso conocimiento de la numismática prerromana, que nos muestra por docenas excelentes piezas con el nombre de esta ceca.

Como se sabe, el Bronce ascolitano es un documento oficial, del año 89 a. de J.C., en el que el general Pompeyo Estrabón (padre de Pompeyo el Grande), en virtud de los poderes que legalmente ostentaba, concedió el supremo don de la ciudadanía romana a treinta jinetes hispanos, componentes de la *Turma Salluitana* (o "escuadrón de Salduie"), entre los que se hallaban unos segienses. Se da la circunstancia de que todos los jinetes cuya procedencia ha podido averiguarse son oriundos, sin excepción, de poblaciones del Valle Medio del Ebro. Con lo que la posibilidad de que su Segia natal estuviera en Ejea o en lugar cercano a ella es muy elevada. Pero hay más.

Ptolomeo, en sus áridas listas de ciudades hispanas, menciona una *Setia* que atribuye a los vascones, al igual que hace con los territorios de *Iacca*. Es posible, técnicamente, que esta *Setia* (dejando aparte los posibles errores en la transmisión correcta del nombre) no sea la *Segia* de las monedas; pero resulta que Ptolomeo menciona a *Setia* en una lista que incluye (con sus nombres antiguos y correlativos) a Jaca, Alfaro, Calahorra, Cascante, *Ergavia*, *Tarraca*, y *Alabona* o *Alavona* (acaso Alagón). Si *Setia* y *Segia* no son, pues, ni iguales entre sí ni equivalen a Ejea se concederá, al menos, que están muy cerca de allí. Y resultará comprometido negar radicalmente su identidad posible.

Las consideraciones lingüísticas de Menéndez Pidal son únicamente argumentos negativos, y ése es, justamente, el valor que se les debe otorgar. Pero si, apoyados en razonamientos así, vamos a buscar la capital suessetana (*Corbio-nem*, en Livio) en el Corbinos que hay en Huesca, igual podríamos hacer con el Corbins que hay al Norte de la capital leridana o con alguna localidad francesa de nombre similar. Ello, en todo caso, probaría una posible reducción del territorio suessetano por el Este, que pudo en efecto haber ocurrido, sobre todo estando como estamos en la ignorancia de lo que sucedía a fines del siglo V a. de J.C. o a comienzos del VI en el interior del Pirineo y del Valle del Ebro.

Los desplazamientos de los ilergetes hacia Occidente,

que debieron de movilizar a los pueblos del Segre-Cinca en la misma dirección, pueden ser responsables de estos cambios, al menos en parte; y así lo ha sugerido M. Beltrán, aunque acaso con un punto de vehemencia. Hay, además, registrada en la Edad Media una forma *Seia* que podría corresponder a Ejea, escribiéndose en otros documentos medievales de diversa fecha el nombre de la villa no con *x* (ni, menos, con *g* o *j*), sino con *ss*. Se olvida, también, que el mayor número de monedas de *Segia* habido hasta ahora se ha dado, precisamente, en el término municipal de Ejea de los Caballeros, e incluso en su propio casco urbano en donde los hallazgos —me refiero a los controlados que son, naturalmente, los menos— son constantes.

Plinio, por su parte, habla también de los segienses y los nombra en compañía de iacetanos, libienses y pompeonenses, lo que de nuevo nos remite a esta zona para la localización de *Segia*. Y todo sin contar con que, a pesar de las modificaciones aportadas por la Edad Media, la zona estuvo notablemente poblada en la Antigüedad e, incluso, de Ejea arrancarían una vía camino del Ebro, ya en época romana. Todo ello hubo de tener unos antecedentes y, en nuestra opinión, lo más discreto es situarlos precisamente en torno a la actual Ejea.

Hay, todo debe decirse, una tendencia en algunos estudiosos a hacer “desaparecer” a los suessetanos, con apoyo en el hecho de que Estrabón hace llegar a los iacetanos “hasta no lejos del Ebro”; pero se omite cómo el mismo autor afirma que los iacetanos no sobrepasaban, hacia el Sur, las tierras (no las ciudades, sino sus comarcas) de *Osca* e *Ilerda*. De manera que el problema no existe: los suessetanos caben perfectamente, aunque así se estropee un escenario que deja todo el protagonismo a iacetanos y vascones, eliminando de la escena a estos molestos “impurificadores” de lo indígena vasco-pirenaico que serían los suessiones “extranjeros”.

En dirección parecida (a efectos de identificar a *Segia* con Ejea o algún yacimiento cercano, que los hay) apunta un camino del *Anónimo de Ravena*, que va de *Caesaraugusta* a *Pompaelo* (Pamplona), a través (y por este orden)

de las poblaciones que el mal latín del documento llama *Segla*, *Teracha* y *Carta* y que no han de ser otras que *Segia*, *Tarraca* y *Cara*, correspondientes a los segienses, tarracenses y carenses que cita Plinio en su *Historia Natural* como a gentes que dependen de *Caesaraugusta*. Es decir: que *Segia* está en un sitio cercano a Zaragoza, y a su Noroeste; antes, además, de llegar a Pamplona. La conclusión se impone. Sobre todo si se acepta la universalmente admitida identificación entre *Cara* y Santacara (a la mitad justa del camino entre Ejea y Pamplona).

El relativo parecido que existe entre los nombres de *Segia* y de *Ejea* ha llevado a algunos a obstinarse en la cuestión de que la segunda era o no resultado de la evolución de la primera forma, y se ha hecho depender de ello todo lo demás. No tiene por qué plantearse así. En primer lugar, nada obliga a pensar que los emplazamientos hayan tenido que ser forzosamente idénticos. En segundo, puede tratarse de un cambio de nombre, como hay muchos, y no de una evolución: sólo el azar habría producido la coincidencia. E, incluso, pueden darse estos dos supuestos a la vez. En tercero, hay la posibilidad de una transformación **por analogía** con, por ejemplo, el *etxea* del vasco actual, sea cual sea su procedencia remota. Pero, aparte toda consideración lingüística, la Numismática, la Epigrafía y las fuentes escritas (como el *Anónimo de Ravena* o la *Historia Natural* y el Bronce de Ascoli) apuntan en derecha a la comarca ejeana.

## 5. Las fuentes numismáticas

Para las cecas en esta zona central del Pirineo y sus alledaños meridionales son bien pocos los hallazgos numismáticos (al menos, los registrados; pues en Castillo de Javier los jesuitas y en no se sabe dónde los escolapios que se marcharon de Sos del Rey Católico, me consta que poseen o poseyeron numerario antiguo procedente de la zona cuyo estudio han imposibilitado cuidadosamente).

Las monedas de la ceca de *I.a.ca*, con letras del alfabeto ibérico, se han hallado, sobre todo, en el Alto Aragón, y R. Martín registra piezas aisladas y poco significativas

por su cuantía y valor en Ampurias, Guimarães (Portugal) y Saint Bertrand de Comminges (Francia). Las monedas de la ceca de *S.e.g.i.a* parece que circularon en poca cantidad fuera de la comarca ejeana y las de *S.e.s.a.r.s* (que no sabemos dónde estuvo exactamente (se dirigieron aparentemente a Cataluña y el Pirineo francés, fundamentalmente).

Queda el caso, irresuelto, de la pareja de letreros monetales (en alfabeto ibérico, como los anteriores) *A.r.s.a.o.s.* y *A.r.s.a.co.s.o.n*, a los que incluimos en el mismo grupo que a los otros tres porque todos llevan la sigla *o.n* en uno u otro momento de su existencia. Esta sigla no ha sabido interpretarse con total seguridad, pero no es disparatado pensar que indica algún género de dependencia respecto de la ciudad de *Bolscan* (Huesca), luego llamada *Olscan*. La *O* y la *N* ibéricas (primera y última letra del nombre de la ciudad en esta segunda fase de su nombre) serían la sigla *o.n* de estas monedas. (Hay otros casos, que se reputan anteriores, en donde la sigla es *bo.n*; ello permite afirmar con bastante seguridad la hipótesis de que las letras son, en efecto, la primera y la última del nombre antiguo de Huesca. Sería, si no, una casualidad verdaderamente asombrosa, sobre todo produciéndose siempre en monedas de ciudades próximas a la capital altoaragonesa).

*Arsaos* es ceca relativamente dispersa en sus hallazgos, que están sobre todo en la Meseta Norte, el Valle del Ebro y Cataluña. *Arsacos.on* ha aparecido en cantidades ínfimas, prácticamente no significativas, en Aragón y en Soria.

Pío Beltrán, en 1953, situaba a los *Arsaos* (pensando, lo que nosotros creemos también, que la palabra era un nominativo plural) muy cerca de los iacetanos, basado en la evidente semejanza de las monedas de unos y otros. En algunos anversos de los arsaos aparece, como he dicho, la cifra *o.n*, análoga a la que los bolscanos (como los llama P. Beltrán) pusieron en las piezas de *Osca*, *Iaca* y *Sesars*. Si la interpretación es la que se acaba de exponer, podría pensarse que "todos ellos fueran hermanos y estos arsaos

más occidentales y dentro de la actual Navarra". Naturalmente —añado— que para época en que según los textos escritos apenas sabemos nada de la situación política zonal. ¿Qué había sido del otrora fuerte pueblo ilergete? ¿Qué había ocurrido, tras los sucesos del 195 y el 184 a. de J.C. con los iacetanos y los suessetanos, respectivamente?

Estas amonedaciones son características de la primera mitad del siglo I a. de J.C. Surgen, pues, después de que las guerras romanas (que son las que nos proveen de noticias sobre los indígenas) hubieran acabado en la zona. Los suessetanos podían estar arruinados desde cien años antes. Los iacetanos, al decir de quienes piensan que estaban activos en tiempos de César (ayudando a sus presuntos parientes, los aquitanos), no sabemos cómo ni en qué condiciones. Ni si ya los vascones habían ampliado su territorio por esa parte, ayudados por Roma, como se deduce que hicieron en algún momento por las ciudades que, en el Alto Imperio, enumera Ptolomeo como dependientes de este pueblo.

Lo que sí está claro es que las monedas difícilmente mentirán, ya que, a excepción de *Iaca* y *Bolscan*, ni *Sesars*, ni *Arsaos*, ni *Segia* —que sin duda fueron los centros numismáticos importantes— aparecen en los relatos antiguos ni en todos los itinerarios. Pero, sin embargo, existieron y acuñaron. De modo que sabemos mucho menos de lo que podemos saber si nos atenemos solamente a las fuentes clásicas que, evidentemente, jamás se propusieron dibujar al detalle estas zonas marginales del mundo romano, en donde existían muchas más entidades de población de las que los textos nos comunican.

La probable proyección de *Bolscan-Osca* sobre la Jacetania y las Cinco Villas está por interpretar completamente y no puede, en nuestra opinión, ser un fenómeno debido exclusivamente a la elección por Sertorio de Huesca como uno de sus puntos neurálgicos de actuación, aunque la circunstancia fue muy relevante. Hay que estudiar con precisión minuciosa la evolución del monetario de estas

zonas para extraer de las piezas numismáticas lo que las fuentes escritas no nos dan. Ya sabemos que la plena decadencia de las amonedaciones se sitúa con Sertorio y sus administradores, y que en sus tiempos aparece el tipo de as de bronce con el lancero y la estrella, que puede fecharse razonablemente por toda la zona hacia el 75 a. de J.C.

El caso es que el mundo que gira en torno a *Bolscan* —cuya importancia monetaria objetiva es abrumadora, incluso llegando a dar su nombre a un dinero anterior, no acuñado allí, y que los historiadores romanos confundieron seguramente con el que fue tan abundante y famoso decenios después— y la mención exenta de los *Oscenses regionis Uessetaniae* en la *Historia Natural* (separándolos de los *Ilerdenses* y de la Sedetania, de modo explícito) nos llevan a pensar si no existieron unos *bolscanos*, o como quiera que se les desee llamar, en torno a la ciudad de Huesca, dominados por los ilergetes cuando éstos se desplazaron de Este a Oeste (que es cuando probablemente *Tarraco* pierde su nombre, que recuperaría luego con el apoyo romano) y vueltos de nuevo a la luz cuando los ilergetes dejaron de ser una potencia. No es imposible que haya también aquí una *restitutio*, que haya pasado hasta hoy inadvertida, y que explique por qué Huesca —a pesar de haber sido sertoriana— goza de un excelente *status* jurídico o/y político, tanto antes cuanto después de los episodios de los años 70 a. de J.C. Nótese que los *Oscenses* se mencionan ya en César de esta manera (en el *Bellum civile*, I, 60), antes de que lo hiciera Plinio en la *Historia Natural*, y que César no los llama ilergetes, vescitanos ni nada similar. Y añade (como dando fe del nuevo aire cobrado por los de *Oscá*) que los *Calagurritani Fiburarienses* eran sus *contributi* o adscritos.

*Oscá* y su gran área de influencia son hoy nuestros grandes vacíos a la hora de estudiar la Antigüedad en el Pirineo Central español y su antepaís. Por lo demás, puede añadirse que los *arsaos* acaso se hallen en relación con un epígrafe romano de Sofuentes (pedanía de Sos del Rey Católico) que hemos estudiado hace poco en el II Congreso Nacional de Numismática. En esta lápida se habla

de un *Arsitanus*, duunviro e hijo de un personaje de nombre no latino. Sofuentes es un importante enclave que actúa permanentemente (al igual que Sos) como quicio, por el Norte, entre Aragón y Navarra. Y posee en su seno yacimientos arqueológicos de riqueza y potencia inusitadas, que han de depararnos sorpresas si alguien se decide a trabajar en ellos. (Nótese, por lo demás, que no postulo por una identificación ni de los *arsaos* ni de este *Arsitanus* con la *Arsi* que mencionan las tablas ptolomaicas, seguramente en alguna parte del Bajo Aragón).

## 6. — La Edad Media

Una de las conclusiones que podemos extraer es la de que las fuentes escritas no reflejan, por desgracia, ni en lo más mínimo la visible complejidad de toda la zona. Quien sólo juzgue por los escritos clásicos se hará una pálida idea, si es que se hace alguna, del mundo apasionante y marginal que ebulló por esta comarca durante siglos, aunque fuera de los ojos de los observadores cultos.

No puedo extenderme en particulares geográficos, bien conocidos por lo demás, pero recordaré la existencia de un estudio de Solé Sabarís dedicado a la Canal de Berdún que hará bien en tener muy presente todo aquel que trabaje sobre el pasado de estas tierras sin conocerlas *de visu*.

No es un azar que el primitivo condado aragonés fuera una dependencia pamplonesa, ni que abarcara precisamente los territorios que de hecho abarcó, y en torno a Jaca. También Bosch escribió sobre esto en 1945.

No puede ser casual que nuestra parte del Valle esté llena de iberos o celtíberos *belaiscos*, o de Contrebia *Belaisca* y que el primer indígena cristiano conocido en el Alto Aragón tras el 711 y con papel político sea un Galindo *Belascotenes*. Ni puede olvidarse que, precisamente en esas fechas del cambio de Edad, se hable en los viejos documentos de *pagi* o comunidades rurales pirenaico-aragonesas que llevan nombres como los de *subúricos* o *sebúricos* (los del río Aragón *Subordán*, en Echo y en Ansó),

*labassales* (en el Valle de Majones y en el llano de Ansó), *sassauenses* (en Sasau y Larués, vecinos por Oriente de los subúricos), *iaccetani* (en *Aruex*-Canfranc, la Garcipollera y el Campo de Jaca), los *gistavenses* de Gistau o Chistén, los *sobales* (seguramente del Bailés) y los *orritenses* del Ribagorzana.

Durán Gudiol recuerda que éstos y otros *pagi* se organizaban en *territoria*, destacándose entre ellos, como unidades político-naturales más importantes, el *territorium Aragonense* (valles occidentales del nacimiento del Aragón, con la ribera del Gállego y la cuenca del Alcanadre), el *Boletanum* (altos valles de las fuentes del Cinca), el *Barbutanum* (por Barbastro) y la *terra Labetolosana*, en la zona baja del Cinca, lindando con los Monegros, mientras que el *territorium Ripacoricense* se centraba en torno a Roda.

Ante la penuria de nuestras fuentes clásicas, ninguno de estos datos posteriores puede ser olvidado u omitido, ni tampoco las primeras organizaciones eclesiales o diocesanas conocidas, ya que ninguna surgiría por generación espontánea, lo mismo que los habitantes y nombres de los *pagi* y *territoria*, probablemente existentes de un modo u otro en tiempos romanos e incluso anteriores. A mi juicio, lo que ocurre es que, durante la época romana, todas estas comarcas son marginales y apenas tienen otra relevancia que la de enmarcar algunos pasos importantes del Pirineo. Por eso se explica que los de *Iacca* nos sean conocidos por las monedas, los autores latinos y griegos y los textos de Baja Época y Alta Edad Media. Pero sólo la penetración islámica en el actual Aragón, verificada a partir del 714, convirtió a estos territorios arrinconados en el centro de la actividad cristiana (esto es, hispanorromana e hispanogoda). Y como de ellos partió la iniciativa de la "reconquista" hacia el Sur, la Historia los convirtió en un centro de atención de primer grado. Ello, repito, no significa que no existieran antes. Porque lo que resulta bastante seguro es el hecho de que no hubo emigraciones importantes hacia el Norte después del 714. Los pobladores de los grandes núcleos no los abandonaron: se quedaron en ellos, casi todos convertidos al Islam. No hubo problemas de repoblación, ni en la ciudad ni en el campo.

De manera que puede tranquilamente pensarse que, de modo semejante a como ocurriera al Norte de la Cordillera Cantábrica, en el Pirineo Central fueron sus antiquísimos pobladores los que, por mantener la secular independencia que los caracterizó, acabaron protagonizando la bajada a los Somontanos y, posteriormente, al Valle.

Estos sasauenses, orritenses y sobales hubieron de existir, y con nombres muy parecidos, en época imperial, aunque las fuentes no hagan mención de ellos. Estoy por decir que poseemos pruebas casi directas de esto, porque en época del Alto Imperio (siglos I al III de la Era) algunas denominaciones toponímicas existían y se usaban: *Labitolosa*, por ejemplo; y otras designaban ya el origen de un personaje, como ocurre con *Boletanus*. Ambos ejemplos están en documentos epigráficos romanos. Y si no hemos hallado otros que se refieran a las denominaciones pirenaicas restantes es, o bien porque nunca se realizaron o porque se han perdido. Lo que no es prudente es mantener el vacío en la realidad porque lo haya en las fuentes clásicas, como se ha hecho hasta ahora. No puede ser que toda esta articulación altomedieval sea repentina, ni que estas unidades político-territoriales atestiguadas desde el siglo VIII d. de J.C. (en coincidencia casi plena con las comarcas naturales) reciban denominación y poblamiento súbitamente. *Labitolosa*, *Boletanus* *Barbotanus* y *Iaccetanus* (que son los cuatro casos de continuidad que he podido documentar) lo demuestran así con suficiente claridad. No se olvide, por lo demás, que la marginación de estas gentes puede probarse no sólo con lo que se ha dicho y con lo que el sentido común impone, sino por un argumento positivo muy fuerte: en la relación de pueblos que Plinio verifica en III, 3, 24 de su *Historia Natural*, no hay ninguno, al Norte de la actual capital oscense, que posea Derecho ni romano ni latino.

La marginación de estos pueblos no ofrece dudas, pero es relativa. Quiero decir que, frente a los niveles de latinización y romanización de las comarcas de *Caesaraugusta* o de *Osca* el caso es claro. Pero no olvidemos que hubo, en la Península, pueblos más ajenos todavía que los del Pirineo Central a la aculturación que produjeron varios

siglos de presencia romana en Hispania. Es el caso de los pueblos que las fuentes de Baja Epoca (a partir del siglo III d. de J.C.) llaman vascones, que ni se sometieron a la disciplina directa de Roma ni lo hicieron a la de sus sucesores, los visigodos.

Pero para el Pirineo aragonés hay razones que no consenten ser tan taxativo. Existen, en primer lugar, las vías, que no vamos a enumerar ahora, pero que fueron importantes, transitadas y reparadas con continuidad, incluso en las épocas en que la situación interna de Roma era grave. Tenemos testimonios irrefutables sobre tal cosa, en alguna piedra miliaria de mediados del siglo III d. de J.C. Luego, están los hallazgos arqueológicos, abundantes aunque no sistemáticamente recogidos. A título de ejemplos especialmente luminosos pueden señalarse los estupendos mosaicos de Artieda, las piezas de numismática imperial aparecidas en la comarca de Sos del Rey Católico, en Sigiúes o en las termas de Panticosa, a un paso de la frontera francesa (por el Puerto del Portalé), y otros (nunca estudiados) de la Jacetania, como alguno más espectacular de Binacua, pongo por caso.

Durante los siglos V al VIII menudean los ataques procedentes del Norte del Pirineo y de Vasconia contra el Valle del Ebro. Normalmente se hacen a través del camino de Pamplona y utilizando con preferencia, al parecer, los pasos de Roncesvalles. En el Pirineo Oriental, nos consta la existencia de fortificaciones (*clausurae*, mencionadas por Julián de Toledo) instaladas por los romanos y los godos. Es más que posible que las hubiera por el Somport y el papel relevante jugado por *Osca* en tanto que capital militar prueba que los hispanorromanos e hispanogodos estaban bien asentados en la zona que, de hecho, fue mucho más respetada que la frontera vasco-navarra. Esto puede ser un índice de integración, más que de marginación, de los habitantes de estas zonas, lo mismo que la existencia en ellas de acuñaciones visigodas como la de *Cestavi*, que para P. Beltrán equivale a Gistau.

Uno de los índices tradicional y correctamente admitidos para probar el grado de integración o marginación de

unas gentes, como hace poco ha recordado el profesor García Iglesias, es el de su descontento y el de la violencia que éste puede generar. Pues bien: frente a lo que ocurrió en otros lugares del Norte peninsular, no hay testimonios de alzamientos, ni sociales ni políticos, en las comarcas que van desde la Jacetania hacia el Este. Y aún podemos echar mano de otro, especialmente importante para medir indirectamente el grado de latinización y romanización cultural de una zona de este momento: la cristianización, que es difícilmente concebible sin el latín y la presencia de hombres cultos.

En el siglo VI, *Osca* es ya sede episcopal (como Urgel, Ampurias y Gerona), y antes es posible que lo hubiera sido *Calagurris Fibularia*, incorrectamente identificada con Loarre y ya extinta como tal sede en el siglo V (lo que hablaría de su precocidad en un punto bastante septentrional del territorio aragonés). No hace mucho que publiqué, para un libro colectivo sobre los aragoneses editado en Madrid, un cuadro con la actividad de los obispos aragoneses en los diversos concilios de la España romana y goda, bastante expresivo para el caso de *Osca*.

Desde el punto de vista arqueológico existen, asimismo, pruebas antiguas de la activa vida cristiana (y, por lo tanto, romana) de comunidades altoragonesas como la importantísima de Coscojuela de Fantova. Y son espléndidos los hallazgos del tipo del sacrófago paleocristiano de Castiliscar, en las Cinco Villas, pero a Septentrión, en la raya del Prepirineo. Asimismo es importante asumir la relativamente grande densidad de iglesias y monasterios pirenaico-aragoneses, estudiados por Durán y por Lacarra y cuya nómina ha establecido hace poco R. Puertas. Estos establecimientos se hallan presididos por la actividades extraordinaria del monasterio de San Victorián de Asán, fundado en Montearagón y llevado luego al Pirineo, en el que enseguida surgieron numerosas figuras importantes del episcopado y del presbiterado de la época. Un famoso documento de época visigoda, la llamada *Donación del Diácono Vicente* (educado en Asán) y que no es sino una *cartula donationis*, un testamento, prueba en sus cláusulas la existencia en la comarca de propiedades de carácter

romano. Y también ilustra examinar, al cabo de tantos siglos como han transcurrido desde entonces, la existencia en la provincia oscense de un importante número de documentos visigodos (algunos entre los más antiguos conocidos en España), tal y como ha estudiado Canellas hace pocos meses.

En suma: que esa marginación es muy relativa y en ningún caso parece ofrecer un grado tan notable que consienta, sin extremar los juicios y las actitudes, hacerla paralela a las de otras zonas del Norte peninsular. La comunicación de L. García Iglesias en el II Coloquio Internacional del Pirineu, con ocasión del cual comenzaron a redactarse en su primera forma estas páginas, es muy luminosa al respecto.

### 7. — La Antroponimia

Los nombres de persona pueden darnos alguna sorpresa en sus relaciones con lo aquitano, como se sabe; pero también con lo indoeuropeo y con lo que convencionalmente llamamos ibérico. M. Lourdes Albertos, en 1966 y en su incesante y admirable trabajo posterior, nos da pistas bastantes precisas, como cuando habla de la *Edereta* que aparece en Sofuentes, con un nombre ya latinizado pero ibérico todavía, o de un nombre germánico en Coscojuela de Fantova y de la semejanza existente en la constitución de los nombres de los hijos en la lista de jinetes que conocemos por el Bronce de Ascoli con los aquitanos, así como la comunidad en la ausencia de sonido *m* intervocálico. Cree Albertos que en esta zona hay una fuerte presión del ibero sobre lo vasco-aquitano, mejor que no lo contrario (lo cual se acomoda muy bien, por otro lado, con la hipótesis de Bosch acerca de la procedencia de *Iakketanoi* y *Akkitanoi*), y advierte que la influencia de los indoeuropeos en los nombres de persona no debe ser siempre atribuida a los invasores, puesto que no debemos olvidar la presencia de los celtíberos en el Valle del Ebro, que por sí mismos son un foco permanente de emisión de elementos indoeuropeos, tal y como viene a recordarnos algún aspecto del famoso y debatido Bronce de Botorrita.

No hace mucho tiempo añadía esta investigadora algún detalle más que nos interesa, diciendo que la mujer llamada (en dativo) *Narungeni*, y que vivió por esta zona (¿acaso en Sofuentes?) tenía un nombre aparentemente más vasco que otra cosa y relacionable con lo aquitano, siendo en Navarra mucho más fuerte la presencia vascona que la indoeuropea. Pero en el caso de los segienses, Albertos se inclina a ver, sobre todo, iberos, a juzgar por sus nombres. Aunque sin tanta minucia, a conclusiones parecidas podía llegarse, en lo general, a través de los mapas publicados por el alemán Untermann en 1965.

Como sugerencia nada más, apunto un terreno relativamente sencillo de explorar y que puede ser rico en resultados: el de las vías romanas, que en el repetido Coloquio de Puigcerdá estudió M. Martín-Bueno. Añadamos a lo que sabemos de cierto lo que podemos adivinar sin riesgo, que puede ser bastante. Sólo la lista de topónimos (*Tierz*, *Cuarte*, *Quinto*, *Sieso* —que fue *Sexto*, en la Edad Media—, *Castejón de Sexto*, *Siétamo* y *Nueno*) es bien expresiva. Datos hay también en viejos y meritorios trabajos como los de Escagüés, de los años 40, poco empleados u olvidados del todo y en otros, aún de mayor edad, como el que Del Arco publicara en 1921, que luego incluyó parcialmente en el *Catálogo Monumental* de la provincia de Huesca, publicado por encargo del C.S.I.C. tras la guerra civil.

### 8. — La Geografía

Por último, la ayuda que pueden dar la Geografía y la Cartografía. Sugiero a quien desee aproximarse a este tema que preste especial atención (además de a los elementos usuales tales como las grandes unidades del relieve, los cursos de agua y la Canal de Berdún), a la cota de entre los 500-700 m sobre el nivel del mar.

Tanto en la vertiente hispana cuanto en la francesa de los Pirineos, se conocen los efectos del clima sobre los asentamientos culturales en tiempos prerromanos. Las curvas isométricas de 500 y 700 m marcan, por ejemplo, netas diferencias en la tipología de los dólmenes y monu-

mentos megalíticos centropirenaicos, tan minuciosamente estudiados por M. T. Andrés en nuestra vertiente. Diferencias semejantes observa en el lado francés Blot. Los ecólogos señalan, por su parte, un auténtico *limes* biológico: la frontera marcada por la encina que, en condiciones climáticas semejantes a las actuales, está precisamente en esa altura. Este caso concreto de la encina, por ejemplo, puede de por sí determinar todo un régimen económico basado en la bellota, en su harina y panificación, en la existencia doméstica o silvestre de suidos, etc.

Sin pretender que estos factores jueguen un papel absolutamente determinante, no pueden ser omitidos por el historiador, porque su influencia es mucha y porque, además, en este caso se halla muy desasistido de informaciones escritas. No es tampoco un azar que la frontera oriental de Aragón y Cataluña haya oscilado históricamente entre el Cinca y los Noguera, ni que el límite actual coincida con el trazado del Ribagorzana. El orden en que nuestras fuentes antiguas mencionan a los habitantes del Pirineo en esta zona (de Este a Oeste: cerretanos, andosinos, arenosios, jacetanos y vascones) tiene casi exacta traducción en el romance de hoy y algunas constantes es evidente que no se han alterado del todo a lo largo de este amplio trazo histórico.

Salvo que se admita que existieron pueblos pirenaicos de cierta entidad que nunca fueron mencionados en parte alguna ¿hay que buscar la frontera oriental de los antiguos iacetanos en donde están las de Aragón y Cataluña hoy? Porque no otra cosa se deduciría de tomar como completa la lista que hemos transcrito. Sus fronteras occidentales, en la época de las fuentes que empleara Livio, eran las de los vascones y, naturalmente, comenzarían en algún punto de la Canal de Berdún; la barrera natural de la Sierra de Leyre sigue siendo hoy un límite más que administrativo, e igual ocurre con la de La Peña y otras.

¿Qué sucedía, pues, finalmente con las actuales Sobrarbe y Ribagorza? Más abiertas por el Este y por el Sur que por Occidente (donde se encuentran con el obstáculo de la Sierra de La Peña), la Geografía las lleva a depender

preferentemente del Isuela, del Alcanadre y del Cinca que no del Aragón. Sólo un detalle hay en los textos referidos a este tema, aunque de manera harto vaga. Estrabón, en su *Geografía* (III, 4, 9), al decir que los *iakketanoi* son los habitantes más conocidos de entre los que pueblan el Pirineo, añade que su territorio comenzaba al pie mismo de la Cordillera, se extendía por los llanos (*tá pedía*) y llegaba hasta las inmediaciones de los territorios de *Osca* e *Ilerda* (exactamente: *tois perì 'Ilérdan kai "Oskan joríois*). Si hubiera que tomar esto al pie de la letra —lo que no siempre es lo más adecuado con Estrabón— tendríamos que atribuir a los iacetanos los valles orientales hasta el Montsech, a lo que por el momento no nos sentimos muy inclinados.

El Reino de Aragón consiguió tener verdadera personalidad política y geográfica sólo una vez que incorporó los territorios antes ilergetes del Sur, los susetanos y vascones del Suroeste, y, por último, los sedetanos de la Ribera, donde a la vieja Sedetania sucedería, básicamente, el *hinterland* político de la *Saraqusta* musulmana, muy personalizado en su importante Taifa, y más tarde en el *regnum Caesaraugustanum*, de tan acusada individualidad y que fue, de alguna manera, el que otorgó la mayoría de edad a los Aragoneses. Muy bien supo, una vez más, expresarlo Bosch Gimpera al decir, hace treinta y tres años, en el amargo exilio que le forzaba a continuas y extensas meditaciones sobre el destino de España y de sus pueblos, que Aragón, formado “en el Pirineo central del núcleo primitivo de los iacetanos (...) sólo pudo tener vida propia independiente cuando saltó la barrera de la Sierra de Guara”.

Apenas hará falta, para terminar, recordar que es algo más que meramente simbólico el valor que posee la relación Jacetania-Aquitania. El primer conde independiente de Aragón fue vasallo de los condes de Toulouse; el primer señor cristiano de Zaragoza fue Gastón, vizconde bearnés. El Pirineo y el *Summus Portus*, a través del viejo río “de las Galias” o Gállego y del antiguo camino que ya los romanos llamaban “de Caesaraugusta al Bearne”, revivían otra vez, siglo a siglo, sus sempiternos papeles de comunicadores.

## APENDICE I

### Fuentes antiguas sobre iacetanos y suessetanos

Para los suessetanos se verán en G. Fatás, *Sobre suessetanos...* (véase Apéndice III, 2, número 17), añadiendo la corrupta de Frontino, *Strategemata*, III, 10, 1.

Para los iacetanos y Iaca, además de las que les conciernen del párrafo anterior, se consultarán:

PLINIO, *Naturalis Historia*, III, 3, 24.

ESTRABÓN, *Geographiké*, III, 4, 10.

PTOLOMEO, *Tablas*, II, 6, 67.

CÉSAR, *Bellum civile*, I, 60.

*Anónimo de Ravena*, IV, 3.

SALUSTIO, II, 95, 5, suele ser citado a este respecto por la mención que hace de una carta de Escipión dirigida al Senado romano. En mi opinión, esa cita debe referirse a los lacetanos, y no a los iacetanos.

## APENDICE II

### Antroponimia primitiva de la zona

(Véanse M. L. ALBERTOS, *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1966, los nombres correspondientes y el capítulo II, así como los *Addenda y corrigenda* multicopiados y distribuidos por la autora en 1976).

| NOMBRES  | LOCALIDAD             |
|----------|-----------------------|
| Abbinus  | Coscojuela de Fantova |
| Admetus  | Huesca                |
| Agerdo   | Segia                 |
| Agirnes  | Segia                 |
| Arranes  | Segia                 |
| Arbiscar | Segia                 |
| Astinus  | Cinco Villas          |
| Biurno   | Segia                 |
| Edereta  | Sofuentes             |
| Elandus  | Segia                 |

|                              |                                 |
|------------------------------|---------------------------------|
| Enneges                      | Segia                           |
| Freia Me                     | Coscojuela de Fantova           |
| Gurtano                      | Segia                           |
| Homuna                       | Uncastillo                      |
| Iurciradin/Turgiradin        | Sofuentes                       |
| Luspangibas, Luspanar        | Segia                           |
| Nalbeaden                    | Segia                           |
| Narueni                      | (dativo femenino. Cinco Villas) |
| Siaco                        | Sofuentes                       |
| Sosi/ -mlius, -naden, -nasae | Segia                           |
| Turranius                    | Coscojuela de Fantova           |
| Umargibas                    | Segia                           |
| Urgidar                      | Segia                           |

Hay, además, un Sadansis en Sofuentes. (Véase estudio en número 19 de Apéndice III, 2).

## APENDICE III

### BIBLIOGRAFIA

#### 1. — Trabajos de P. Bosch Gimpera empleados aquí

1. *El problema etnológico vasco y la arqueología*, "Sociedad de Estudios Vascos", XIV, 4, San Sebastián, 1923, pp. 56 y ss.
2. *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, pp. 617 y ss.
3. *Los celtas y el país vasco*, "Sociedad de Estudios Vascos", XXIII, 4, San Sebastián, 1933, pp. 4 y ss.
4. *Two Celtic Waves in Spain*, "Proceedings of the British Academy", XXVI, Londres, 1942 (1939).
5. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México, 1945, pp. 298 y ss.
6. *Los iberos*, "Cuadernos de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires", 1949, pp. 81 y ss.
7. *Les mouvements celtiques. Essai de reconstitution*, "Etudes Celtiques", VI, París, 1952, pp. 328 y ss.
8. *Ibères, Basques, Celtes*, "Bulletin International de Documentation Linguistique" ("Orbis"), VI, 1, Lovaina, 1957, p. 131.

## 2. — Otra bibliografía empleada

9. M. L. ALBERTOS, *La antroponimia en las inscripciones hispano-romanas del País Vasco*, II. Semana Internacional de Antropología Vasca, Bilbao, 1973, pp. 260 y ss., 399 y ss.

10. G. ALFÖLDY, *Fasti Hispanienses*, Wiesbaden, 1969, p. 190.

11. M. ALMAGRO, *La población prerromana del Pirineo*, "Pirineos", Zaragoza, 1943.

12. M. BELTRÁN, *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azalla (Teruel)*, Zaragoza, 1976, pp. 345 y ss. y 400 y ss.

13. P. BELTRÁN, *Las cecas pirenaicas*, "Pirineos", Zaragoza, 1953, (En su *Obra Completa*, I, pp. 62 y ss.).

14. J. M. BLÁZQUEZ, *Los vascos y sus vecinos en las fuentes literarias griegas y romanas de la antigüedad*, IV Simposio de Prehistoria Peninsular, Pamplona, 1966, pp. 177 y ss.

15. J. CARO BAROJA, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca, 1946.

16. A. DURÁN GUDIOL, *De la marca superior de Al-Andalus al reino de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza*, Huesca, 1975.

17. G. FATÁS, *Sobre suessetanos y sedetanos*, "Archivo Español de Arqueología", 1971, pp. 109 y ss.

18. G. FATÁS, *Aproximación al estudio de la expansión vascona en los siglos II y I a. de C.*, II Semana Internacional de Antropología Vasca, "Estudios de Deusto", XX, 45, Bilbao, 1972, mapa p. 386.

19. G. FATÁS y M. A. MARTÍN, *Epigrafía Romana de Zaragoza y su Provincia*, Zaragoza, 1977.

20. M. A. MAGALLÓN, *Materiales para el estudio de la Epigrafía romana en el valle medio del Ebro*, Zaragoza, 1974 (inédito).

21. J. MALUQUER DE MOTES, *El Pirineo y las invasiones indoeuropeas*, "Pirineos", Zaragoza, 1952, 26, pp. 149 y ss.

22. R. MARTÍN, *Circulación monetaria ibérica*, "Boletín del Seminario de Arte y Arqueología", Valladolid, 1966, pp. 317, 329, 332, 337.

23. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Toponimia prerrománica hispana* (varios trabajos), Madrid, 1968.

24. G. DE PAMPLONA, *Los límites de la Vasconia hispano-romana y sus variaciones en época imperial*, IV Simposio de Prehistoria Peninsular, Pamplona, 1966, pp. 210 y ss.

25. J. M. ROLDÁN, *Itineraria Hispana*, Madrid, 1975, pp. 124, 212, 256. Las fuentes que se dan para *Iacca* (s. v. *Pacca*) deben ser tomadas con precaución.

26. M. TARRADELL, *Els arrels de Catalunya*, Barcelona, 1960.

27. A. TOVAR, *Lenguas indoeuropeas: testimonios antiguos*, "E.L.H.", I, p. 119.

28. Agustín UBIETO, *Toponimia aragonesa medieval*, Valencia, 1972, ss. vv.

29. J. UNTERMANN, *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*, Madrid, 1965, s. vv.

30. J. E. URANGA, *El culto al toro en Navarra y Aragón*, IV Simposio de Prehistoria Peninsular, ut supra, pp. 223 y ss. Estos testimonios parecen en su mayor parte de época imperial. Por eso no se incluyen en este trabajo.

# COMISION DE CULTURA



**Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza**